

del sueño la mar ofrenda
al Niño que en el portal
a la mar gobierna.

SEGUIDILLA

Fría noche de hielos
nace mi Niño.
Como sueño de arcángel
así has venido.
En el portal
rey del cielo y chiquito
dormido estás.

CONCHA FERNANDEZ-LUNA

IDEARIO

EXTREMEÑO

Ciego será quien no vea cómo agonizan los partidos políticos; y si ellos tuvieran conciencia de su estado gravísimo y no se alimentasen de las esperanzas ilusorias que confortan al tísico, imitarían al infelicísimo poeta Leopardi, que vestido de negro, con las manos cruzadas sobre el pecho, se tendía entre cirios, y se entonaba a sí mismo su propio himno funerario. Y bien muertos estarán, porque mientras se gobierne con partidos políticos, ni en España ni en ninguna parte habrá justicia.

FERNANDO PEREZ BUENO

RECUERDOS

COMBATE INTERIOR

Por Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros y de San Miguel.



Me vacilado mucho antes de incluir en mis recuerdos una figura femenina de extraordinaria popularidad en España durante un período. La base de su lamentable fama era de tal índole, que nunca me hubiera decidido a recordarla, a no ser porque su vida lleva una rúbrica de arrepentimiento y expiación, que ignoran casi todos los que tanto oyeron hablar de ella.

A las generaciones jóvenes no les suena siquiera el nombre de Maruja *La Caoba*, nombre de guerra—nunca supe su auténtico ni sus apellidos—, que armó revuelos en muy diversos órdenes durante la Dictadura del General Primo de Rivera. Acaso, sin saber quien es, la juventud la ha oído nombrar en esta letra de una reciente canción del folklore andaluz:

«Al pie de la Macarena
de rodillas se ha jincao,
igual que la Magdalena,
llorando por sus «pecaos».
Le llamaban *La Caoba*,
por su pelo colorao...»

Maruja no era ninguna belleza extraordinaria; pero resultaba un conjunto interesante, con una acusada personalidad. Esbelta, distinguida, elegante, con tez morena, tomó del color de su pelo—color, sin duda, artificialmente preparado—el sobrenombre de *La Caoba*. ¡Cuánto se habló de ella, de la categoría de sus amistades, de la destitución de un juez que quiso procesarla por tráfico de drogas!

La conocí en el salón de juego del *Gran Kursaal* de San Sebastián, en Agosto de 1923. Me presentó a ella y a Tirso Escudero, el empresario del Teatro de *La Comedia* de Madrid, Eduardo Ezquer, discípulo mío unos años antes, al que encontré entonces en la capital de Guipúzcoa y con el que no he vuelto a coincidir desde aquellas fechas en lugar alguno.

Maruja no había llegado aún a la cumbre de su popularidad, lo-grada uno o dos años después, con motivo de la aludida destitución de un funcionario judicial.

La sala de juego del citado casino donostiarra era por aquellos días el lugar de más lujo y derroche de toda Europa, y de cualquier otro continente, ya que ninguno igualó ni igualará nunca en rango, exquisitez y señorío al viejo mundo europeo. Reciente la primera guerra mundial España era el país más próspero de este viejo mundo. Ni el Casino de Montecarlo, de tan rancio abolengo en los azares del juego, podía entonces competir con el *Gran Kursaal* de San Sebastián, porque al amparo de las comodidades y de la abundancia española, se daban cita aquí los jugadores millonarios de todas las latitudes.

En este marco de lujo, esplendor y derroche, conocí y traté a Maruja *La Caoba*, juntamente con el ya citado Tirso Escudero, que era hombre que llevaba muy bien los bastantes años que ya tenía. Mi gran afición por el teatro, hizo que intimase algo con el popular empresario de *La Comedia*, siendo ésta la causa de mi trato con ella. Desde que la conocí me llamaron la atención dos detalles, uno externo y otro interno: vestía con una honestidad impresionante y quedaba con frecuencia absorta, como embebida en una lucha interior.

Sus trajes—en contraste con los de todas las otras mujeres que llenaban en las noches la sala de juego, luciendo al desnudo casi todo su cuerpo, de cintura para arriba—, la cubrían por completo, sin dejar ver más que la cara y las manos. No había escote, ni brazos al aire, porque el vestido se cerraba en el cuello y las mangas concluían en las muñecas,

Se comportaba discreta y reposadamente. Sonreía, jugaba a la ruleta... Entre el humo de los cigarrillos, tomando una copa de «champagne» en el bar, quedaba con frecuencia absorta. Cuando se la hacía volver a la realidad, se disculpaba:

—Perdonad. Estaba pensando en otra cosa.

¿En qué pensaba? ¿Tenía preocupaciones? Como ya he dicho, daba la impresión de una persona que casi permanentemente estaba librando en su interior un rudo combate. Hoy estoy convencido de que era así; entonces no le concedí demasiada importancia al tema, reducido a simples comentarios sobre sus distracciones frente la ruleta o ante las copas de «champagne».

En los comienzos del otoño de 1925, coincidí con *La Caoba* en el *Hotel Regina* de Madrid. Varias noches pude observar que pasaba horas en el balcón de su cuarto, abierto a la calle de Alcalá, fumando cigarrillos, absorta en la contemplación de las estrellas. Nunca interrumpí sus meditaciones, observadas desde mi balcón, que caía algo lejos del suyo.

La encontré varias noches en salas de fiesta, elegantísima, pero siempre con aquellos vestidos de exagerada honestidad. Se comentaba que vestía así por llamar la atención, por destacarse. Los hechos han demostrado que obraba a impulso de un sentimiento de recato, único noble sentimiento que hasta entonces había logrado este pe-

queño triunfo externo en el interno combate que se estaba librando en su corazón.

Perdí de vista a *La Caoba*. Después de la explosión de su fama, vino el olvido. Nadie volvió a hablar de ella. Con las preocupaciones e inquietudes creadas por la República, la vida española tuvo temas sobrados para que perdiesen interés figuras del estilo de aquella.

Ni el más vago recuerdo quedaba en mí de *La Caoba* en un invernal atardecer de 1950, mientras cruzaba, envuelto en una helada neblina gris, las calles madrileñas. No es preciso puntualizar lugares ni detalles, que así es mejor: una puerta de una iglesia y una mendiga pidiendo limosna. Un grupo de hombres de edad madura se para casualmente ante la mendiga. Surgen unos comentarios de asombro y duda. Se pronuncia un nombre. Alguien exclama, dirigiéndose a la pobre mujer:

—Tú eres Maruja, *La Caoba*!

Con gesto humilde y voz triste, contesta:

—Yo no soy, fui esa que usted nombra. La tristemente célebre Maruja, *La Caoba*, ha muerto. Para que Dios perdona aquella vida, rezo y pido limosna, después de haber repartido entre los pobres todo cuanto tenía, que era lo bastante para vivir con abundancia y comodidades. Por favor, marchense, no comenten nada, olviden que me han visto...

Había en su gesto y en su voz algo tan hondo y tan sincero, tan digno de admiración y de respeto, que todos nos alejamos, silenciosamente, emocionados.

En el gris y frío atardecer madrileño descifré el enigma de aquellas luchas interiores, de aquel externo recato en el vestir de la un día famosa Maruja. No sé si ha muerto ya—me han dicho que sí—la mendiga que pedía limosna en la puerta de una iglesia madrileña; lo que sí sé es que *La Caoba* murió hace años; rubricando con arrepentimiento y expiación los errores de su vida después de haber vencido definitivamente en su rudo y constante combate interior.

